

TITANES DEL COCO

Fabián Casas

LA ESTRATEGIA DEL BAÑERO

Todavía se fumaba en los diarios. El Perro prefería los Imparciales negros, aceitunados. Antes de que el Perro me pasara al caso Galarraga, yo había estado trabajando en la investigación de una red de ladrones de arte. Me acuerdo que sacamos la nota —la firmó la Garza— e inmediatamente cayeron al diario un montón de cartas-documento de los tipos implicados. Hasta antes del caso Galarraga, yo sólo había hecho informes. ¿Qué significa eso? Derecho de piso. Uno mete las manos en la mierda, suda la camiseta, hace llamados, entrevistas y después es otro el que firma la nota, el que junta los retazos de información y la escribe.

Cuando se llega a la mitad de la vida el tiempo lineal deja de existir. Todo pende de un hilo y uno puede llegar a recordar cosas que van a suceder en el futuro. De todas formas, éste es mi informe sobre ciegos.

Los altos jefes de las redacciones por lo general moran en peceras de vidrio. La tropa está amontonada al tuntún, en los escritorios. La pecera del Perro estaba ese día justo enfrente de mi escritorio provisorio. Digo provisorio porque no se me había asignado uno especial. Así que tenía detrás mío al Flaco Pantera, y al costado al Sereno. La Porota, una mujer de ojos inmensos, tipo manga, de carácter extravertido y demencial, se sentaba en diagonal a nosotros. La Porota había escrito una novela que yo había leído a lo largo de una semana, mientras cagaba. Muy buena. Esta mujer se llevaba mal con el Perro —al que acusaba de misógino— y tenía el cargo de redactora especial. Es decir, que estaba por encima de mí, del Flaco y del Sereno, quienes, a su vez, estaban por encima de mí. Yo no tenía jerarquía, era un soldado raso. Hasta que mi mirada se cruzó con la del Perro. Que me hace un gesto con la mano, desde su remota pecera. Salgo de mi escritorio, esquivo a la Porota, que lleva un café humeando, y me meto en la pecera del Perro. Cierro la puerta. No hay ruido, parece que estuviéramos envasados al vacío. Che, está todo chequeado, ¿no?, dice el Perro. Sí, le digo. El Perro se para, se pone el saco que descuelga de una percha. Me hace gestos de que lo siga. Lo sigo. Salimos de la redacción, vamos hacia el pasillo que va hacia la administración (pienso que vamos hacia ahí), pero no, el Perro da un giro, como si quisiera despistar a alguien que nos sigue, mete un trancazo y bajamos la escalera lateral que lleva hacia las cocinas. Tomamos un ascensor. Bajamos dos pisos y quedamos —creo— a la altura del garaje del diario. Vení, dice el Perro. Pasamos un inmenso patio subterráneo y, sobre el final del trayecto, unas luces chiquitas y rojas, a los costados, nos hacen de guía hacia un portón gigante. Una cámara nos cogotea. El Perro tira el cigarrillo, se ajusta la corbata y teclea un código en un portero eléctrico digital. La puerta se abre y quedamos frente a un patio que tiene una vegetación artificial y una fuente rectangular en el centro, con dos ángeles

enfrentados en cada una de sus puntas. Los dos largan agua por la boca. Creo que el agua sale de una de las bocas, cae en la fuente, recorre una pendiente de un extremo a otro y entra por el culo del ángel enfrentado y, por una bomba, se propulsa hacia su garganta y sale de nuevo por la boca. Saqué estas conclusiones arquitectónicas mucho después, cuando no podía dormir. Ahora cruzamos el jardín y entramos por una arcada que está custodiada por dos hombres de seguridad. Detrás de ellos está el molinete electrónico. El Perro se para, saca una tarjeta del bolsillo y la pasa por el sensor eléctrico. Cruza el molinete y vuelve a pasar la tarjeta para que pase yo. ¿Vamos a ver al FBI?, le digo al Perro, que, como respuesta, me gruñe algo. Acelera el tranco y damos con un tipo sentado a un escritorio, leyendo el diario, nuestro diario. ¿Cómo le va, Juan?, dice el Perro. Señor Eschinocca, dice el tipo a modo de saludo. Y entonces me doy cuenta de que al tipo lo conozco, lo vi pasar varias veces con una bandeja de comida, pero resulta raro porque no está vestido de mozo sino superempilchado, tanto que el Sereno le dice «el mozo prosecretario». El tipo agarra el teléfono que tiene en el escritorio y, segundos después, nos dice que podemos pasar. Estamos frente a dos puertas marrones, lustradas, contundentes. Eschinocca golpea —por una formalidad— y abre la puerta lentamente. Se podría escribir un ensayito sobre las formas de abrir las puertas y lo que eso significa. El Perro la abre con extremo cuidado, como si detrás de ella estuviera esperándonos un animal depredador. Que quede anotado: yo era muy joven, pensaba que el periodismo era una profesión extraordinaria y ésa era la primera vez que veía a Ricardo Robinson. El despacho inmenso, iluminado por amplios ventanales, da lateralmente al jardín. En el medio hay un escritorio también inmenso, tubular, muy moderno, de un color verde flúor con los bordes naranja fosforescentes. En la superficie tiene una computadora, un teléfono que parece de la NASA y una resma de hojas blancas, apiladas, intactas. Las hojas no son para escribir, eso yo lo sé bien, pero en ese momento lo estoy comprobando. Forman parte de la leyenda de Robinson. El tipo tiene una figura atlética. ¿Tendrá cincuenta y pico de años? En los libros de política recientes lo ponen a la cabeza de ciertos grupos juveniles durante el peronismo, en los setenta. Lo pintan como que fue un tipo combativo, peleador. Le decían Moco porque se agarraba a piñas con los que no querían ir a las huelgas y una vez le rompieron la nariz, que está ligeramente ladeada. Esto también lo estoy comprobando. Tiene la piel aceitunada, bronceada y un jopo modesto. Lleva una remera manga larga italiana, celeste, y unos pantalones de franela gris. No tiene panza. Y se ve que eso es algo en lo que ha invertido mucho tiempo. El Perro y él parecen amigos. Se tratan con camaradería. El Perro me presenta. Robinson avanza hacia mí y me tiende la mano. La aprieta fuerte. Habría que escribir un ensayito sobre los apretones de mano. Éste dice: si me traicionás, sos boleta. Robinson se sienta detrás de su escritorio, nosotros agarramos unos sillones que estaban desperdigados en torno a una mesa ratona, como si hubieran participado de una reunión previa a nuestra llegada. Hasta me parece que están todavía calientes por las nalgas de otros, cuando nos sentamos frente a Robinson. En este momento mi atención se fija en tres cosas: una, que si vamos a hablar del tema de los robos de obras de arte, de las cartas-documento que llegaron a granel al diario, acá falta la Garza, que escribió y firmó mis informes. Dos: veo una heladera, tipo frigobar de hotel, que está a la derecha de Robinson. Tres: siento la espalda húmeda por la inquietud. Robinson habla. Dice que el Perro —no le dice el Perro, por supuesto, le dice Orlando— le estuvo hablando mucho de mi trabajo y que el diario está tratando

de promocionar a gente joven, nueva, con ganas, me pregunta si soy lector de El Foco. Dudo una milésima de segundo. El Foco es un diario que irrumpió hace unos años y que —se dice— le está sacando lectores al nuestro. Le digo que sí, que como periodista tengo que leer todos los diarios. Robinson me pregunta si me gusta El Foco. Algunas cosas, le digo. Me parece que el Perro tiene el lomo erizado. A mí también me gustan algunas cosas, dice Robinson. Y entonces lo hace. Rompe un pedacito del primer papel que encabeza la resma y se lo lleva a la boca. Lo empieza a masticar como si fuera un chicle. Me acuerdo que mi mamá era seguidora de una cantante extranjera que murió de cáncer y que mientras cantaba comía pétalos de rosas. Esto que vamos a hablar acá es de extrema reserva, dice Robinson. Orlando me dice que tenés buena madera, y por eso estás ahí sentado. Así que cuando vuelvas a la redacción, no le podés contar a nadie lo que hablamos. ¿Estamos? Esto incluye a todos tus seres queridos y a todos los que se te ocurran, ¿entendés, flaquito? El diminutivo me produce más humedad en la espalda. Bueno, vamos a hacer un suplemento especial que va a salir los domingos y que va a tratar de competirle a El Foco con notas más... cómo decirlo, más juveniles... más modernas... esas cosas de las tribus urbanas de las que hablan mis hijos. Los hijos de Robinson están desperdigados, estratégicamente, en el diario. Sigue: Son cosas que hasta ahora no tienen cabida en nuestro newspaper. Lo dice así, en inglés. Tiempo después el Perro me contó que Robinson tomaba clases particulares de inglés en el diario, para modernizarse, para no perder altura. Sigue: Vos vas a empezar a hacer investigaciones policiales extrañas, ¿entendés, flaquito? Me muevo en el asiento como toda respuesta. A ver, te lo explico así, dice Robinson arrancando otro pedacito de hoja y llevándoselo a la boca, cuando yo era chico solía ir con un grupo de amigos a un club de Villa Crespo. Un verano conocimos a un bañero que empezó a ser un referente para nosotros, era simpático, muy entrador, casi hipnótico. Era el mesías. ¿Me seguís, flaquito? Escupe el papel en un cesto, arranca otro, se lo mete en la boca. Bueno, ese tipo nos decía que tenía poderes sobrenaturales y como era mayor que nosotros logró sugestionarnos a todos. Una vez vino con las manos y los pies lastimados y nos dijo que eran los estigmas de Cristo. Nosotros, flaquito, éramos muy católicos y eso nos impresionó mucho. (Según los libros que repasan la violencia política en los setenta, Robinson venía de una rama del peronismo junto a Envar El Kadri, el fundador de las FAP.) Sigue, con la mirada fija en la resma que reluce: Una vez veníamos los dos solos, volviendo de la pileta, en un colectivo que ahora no me acuerdo el número, no me acuerdo porque pasaban varios... era una avenida lateral al club y muchos nos llevaban a casa, que de todas maneras no quedaba muy lejos. Bueno, la cosa es que íbamos charlando y él me dijo: «Si quiero, puedo hablar en muchas lenguas». Me acuerdo que eso me dio terror. No lo hagas, por favor, le dije. Robinson se ríe, el Perro también. Yo pienso que Robinson puede largarse a hablar en muchas lenguas. El sudor en mi espalda se secó y está frío, costroso. Lo cierto, sigue Robinson, es que lo único que el tipo quería era cogerse a Claudita, una de las chicas de la barra que era una bomba. Pero para llegar a ella necesitaba ganarnos a nosotros, seducirnos, demolernos, hipnotizarnos, para que se la entregáramos en bandeja, para lo cual necesitaba ser una especie de gurú. ¿Se entiende, flaquito? Prestá atención. Ahora mismo, mientras nosotros estamos hablando acá, alguien en la ciudad está tomando o pensando la misma estrategia del bañero. El tipo necesitaba ser una especie de gurú, repite Robinson. Esto es nota, flaquito. Gran investigación. Ponemos en duda si es un oscuro enviado sobrenatural

del Mesías o un simple proxeneta. Un aguafuerte revestido de cierto tinte de investigación. ¿Ok? La voz de Robinson es pura energía, pausada, seductora. Cuando le estoy por contestar que entiendo todo, golpean la puerta que está a nuestras espaldas. Dale, dice Robinson, que parece saber quién es sólo por los tipos de golpes. Entra una especie de mono vestido con un overol y con un cajón en la mano. Robinson lo saluda, se saca los zapatos, se los pasa por arriba del escritorio al Perro, que a su vez se los pasa al mono. Más cosas que sé de la leyenda de Robinson: que entró al diario haciendo gremiales de la mano de un amigo periodista que rápidamente se encumbró en la dirigencia de la empresa y lo fue ayudando a escalar posiciones. Como Robinson es pragmático y cerebral, lanzó una gran renovación en la redacción y empezó a hacerle producir a los periodistas más notas por menos plata. La empresa, conducida por él, se flexibilizó. Cuando Ernesto Guevara teorizó en los lejanos sesenta sobre el Hombre Nuevo, jamás se le ocurrió que éste iba a estar encarnado en Ricardo Robinson. Quien ahora se para, en medias, y me dice que lo siga. Lo miro al Perro. Robinson abre una puerta lateral que nace a un lado de una biblioteca (cuando muchos años más tarde cuente esto, lo voy a modificar, voy a decir que Robinson en realidad corrió una biblioteca y detrás de ésta estaba la puerta, como hace Bruno Díaz). Me dice que pase y ambos entramos en un corredor interno. Debajo nuestro, detrás de las barandas del balcón donde estamos parados, está un piso de vidrio, semioscuro, que impide que los de abajo miren quién los ve pero que nos deja mirar tranquilamente a nosotros, como una cámara Gesell (pero ¿dónde estamos?, ¿subimos o bajamos cuando vinimos hasta acá con el Perro?). Robinson apoya sus manos sobre las barandas cromadas, como si estuviera preparando el cuerpo para hacer una prueba en el trapecio. La redacción, dice. Nunca pensaste, flaquito, cuando estabas ahí, que había alguien arriba del techo mirando como un halcón. La frase me pareció recargada, fuera del estilo que había manejado hasta ahora, como si en el programa informático del léxico de Robinson hubiera un error. Me acordé que cuando llegué al diario, a veces, mientras me costaba avanzar en una nota miraba hacia el techo, y veía sólo luces, cables y caños de ventilación y más allá sólo oscuridad. Pero desde acá se veía otra cosa. Ahí estábamos, como hormigas en sus cubículos, trajinando los pasillos, fumando, escribiendo, seduciéndonos, odiándonos, persiguiéndonos, exudando olor, cabeceando de sueño y de sueños, comiendo algo a las apuradas, hablando por teléfono, mirando las pantallas de las computadoras, benditos y malditos todos nosotros, los periodistas, esas causas perdidas que dan alimento a gente como Robinson.

LA APARICIÓN DE LA NOVIA

Es increíble la cantidad de plata que puede llegar a gastar una familia en la fiesta de casamiento. Así como existen géneros literarios como, por ejemplo, el policial, ya se podría decir que determinados ritos nupciales son un género en sí mismo, sobre todo por la repetición. Los pobres, las clases populares, suelen ser más espontáneos. Un asado, una comilona, baile en patios improvisados y mucho alcohol y canciones hasta la madrugada. Las clases medias y altas, en cambio, se fueron perfeccionando en los esquemas festivos hasta sacarle a la fiesta absolutamente toda posibilidad de riesgo y repentización. Es decir, que la fiesta, la celebración de lo espontáneo, es algo que no sólo no existe más, sino que se combate. La fiesta ya no está en ningún lado.

Tomemos esta fiesta, por ejemplo. Los jóvenes que acaban de celebrar su unión en la iglesia se conocieron hace dos años en el trabajo. El joven es periodista y la joven es agente de prensa. Hicieron cosas juntos, notas, colaboraciones, campañas, y terminaron acostados un par de veces. Con el tiempo, fueron conociendo a sus amistades, compartiéndolas y concluyeron juntándolas en este salón inmenso, con jardines y pileta, con carpas armadas con calefacción para combatir el frío y con una multitud de mozos que se esparcen entre las mesas siguiendo el guión estipulado por el lugar, una casa de fiestas antigua, que fue en otro tiempo una curtiembre, en el barrio de Núñez: todo acá está reciclado, dejando ver el antiguo esplendor. Los padres de la novia y los del novio se conocieron en la reunión donde cada uno aportó el capital líquido para motorizar la celebración. La iglesia estuvo abarrotada de gente, con muchos niños en los primeros asientos, un coro que cantó canciones en inglés —especie de villanpsychos— y un cura bastante lacónico y entrado en años. En la mesa número nueve está sentado el grupo íntimo de los amigos del novio. Todos periodistas, compañeros del diario donde éste se desempeña escribiendo unas notas breves, con mucha grasa, y que se olvidan pronto. El novio, al que todos llaman el Sereno, no es reconocido precisamente por su pluma. Casting de la mesa nueve: Andrés Stella —joven, de unos treinta años, redactor nuevo en el diario y en franco ascenso—, el Flaco Pantera —de casi treinta y cinco años y a pesar de la edad ya todo un veterano de las redacciones—, su mujer, Susi, de treinta y seis —diseñadora en una revista semanal del mismo grupo mediático— y la Garza, treinta y ocho —editor especializado en todo— y su mujer, Laura, treinta y cinco —no docente en filosofía y letras, embarazada—. Como la vida humana es breve, las cosas suceden muy pronto: en un año y medio la Garza va a tener un hijo con Laura, el padrino va a ser Andrés, la Garza se va a enfermar y morir. El Flaco y Susi se van a separar para siempre después de quince años. Y el Sereno va a descubrir que es estéril. Pero ahora Matilde, la novísima señora del Sereno, se acerca a la mesa, no para saludar sino para pedir un lugar para una amiga rezagada que llegó de Rosario y que escapó a las redes de la organización del evento. Una amiga de la infancia, abogada, muy mona, dice, que no tiene pareja. Y como Andrés tampoco está en pareja —no tiene, pero hay una chica en su cabeza, una chica que conoció en las incursiones acuáticas con el Sereno— le puede hacer un lugar. Todos se corren sin problema, y una joven muy delgada y bonita, que usa minifalda y tiene ojos verdes, se sienta, tímida, al lado de Andrés, a la par que saluda en general. Si en la mesa estuviera un animal depredador que identifica a sus víctimas al reconocer las emociones que éstas emanan, esta chica ya estaría muerta. Porque tiene la cara roja de vergüenza. Los mozos ponen rápidamente un plato frío. Antipasto y algo enrollado con gusto a cartón y pescado. Sirven vino y agua. La Garza es un hombre alto y rubio, con pelo de bebé y un andar y vestir desaliñado. Aun en el casamiento, con riguroso traje, parece un mendigo. Es el primero que se mete algo en la boca. Está bueno, dice. Y ya está pensando en fumar. Come rápido. El Flaco Pantera también dice que la comida está bien. Antes de sentarse a la mesa, había estado disertando sobre lo feliz que lo ponía venir a un casamiento. Hay que relajarse, dice. La Garza se para y dice que va a salir a fumar. ¿Vas a estar fumando toda la noche?, dice Laura. No te amotines, dice la Garza y le agarra, con dos dedos, el cachete derecho. Los dos sonríen. Después la Garza deja la servilleta sobre la mesa y esquivando a mozos e invitados, sale por el corredor alfombrado hacia el jardín. Saca un cigarrillo rubio y se pone en la pose típica suya que le dio el sobrenombre. La pierna derecha flexionada con la

planta del pie apoyándose contra la pared, la pierna izquierda extendida, en tensión, como una garza sobre el pantano. Adentro, en la mesa nueva, la nueva inquilina, delgada, come meticulosamente, como un insecto. Andrés, a su lado, empieza a sentir esa sensación de asfixia en el pecho que le viene dando un pesto bárbaro desde hace meses.